

Bésame ahora

Raquel G. Estruch



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#besameahora

Colección: Tombooktu Chicklit

www.chicklit.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Bésame ahora*

Autor: © Raquel G. Estruch

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-57-4

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-722-4

ISBN Digital: 978-84-9967-723-1

Fecha de publicación: Mayo 2015

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-12228-2015

Para S

Central Park siempre serán tus ojos perdidos en los míos. La nieve
cubriéndolo todo. Tu voz susurrando una pregunta que mi boca
enseguida respondió. La certeza de que te quiero. La seguridad de que me
quieres.

Sí.

Ahora.

Siempre.

Índice



Capítulo 1.	11
Capítulo 2.	23
Capítulo 3.	31
Capítulo 4.	43
Capítulo 5.	49
Capítulo 6.	71
Capítulo 7.	87
Capítulo 8.	105
Capítulo 9.	127
Capítulo 10.	137
Capítulo 11.	157
Capítulo 12.	183
Capítulo 13.	193
Capítulo 14.	215

Capítulo 15.	243
Capítulo 16.	253
Capítulo 17.	263
Capítulo 18.	297
Capítulo 19.	325
Capítulo 20.	339
Capítulo 21.	365

1



Si un año atrás me hubieran dicho que unos días antes de Nochebuena iba a estar en Benidorm tomando una cerveza en una terraza mientras veía en la playa cómo los ancianos del Imsero practicaban aeróbic me habría echado a llorar. Llevaba ya varios meses allí tratando de solucionar mi vida y de centrarme de una vez por todas. Siempre había considerado que, si regresaba a casa antes de los sesenta, habría fracasado. Sin embargo allí estaba, con el portátil sobre la mesa, las gafas de sol puestas y disfrutando como si fuera una turista más. Volver a casa unos meses atrás me había provocado toda una serie de sentimientos encontrados. Por una parte tenía la enorme necesidad de estar rodeada de los míos y verme arropada por personas que me querían de forma incondicional. Por otra, me asustaba muchísimo tener que dar explicaciones en casa. Ni siquiera yo era capaz de encontrarle sentido a lo que había sido mi vida a lo largo de los últimos meses, como para encima tener que contarlo.

Explicarle a mi madre lo que había pasado con Andrés iba a ser lo más complicado. Había estado tan confusa con todos los acontecimientos que se habían producido en mi vida que no había encontrado el momento oportuno para poder hablar con ella. Además, una parte de mí sentía algo de temor al tener que contarle no sólo lo que había pasado con Andrés, sino explicar

por qué había dejado pasar tanto tiempo para decírselo. Ella intuía que algo había sucedido ya que me había presentado sin él pero, cuando me vio en la puerta de casa con aquellas ojeras, debió decidir que aquel no era el momento más indicado para preguntar. Sabía que tenía que darle una explicación sobre todo porque faltaban dos días para Nochebuena y todo mi clan preguntaría por Andrés. Sí. Había hecho el gilipollas con mi familia durante el último año ya que cuando él me dejó cometí el error de no decirles nada con la secreta esperanza de que las cosas entre nosotros acabarían por arreglarse. Luego todo se había precipitado y allí estaba yo, doce meses después, haciendo creer a mi madre que todo en mi vida estaba en orden. La razón por la que lo había hecho era para evitar que me diera alguna de sus interminables charlas por teléfono pero, por alguna causa que desconocía, ella estaba extrañamente amable y tranquila conmigo. Igual cuando se enterara de todo lo que me había pasado no me libraría de tener que oír sus lamentos y advertencias durante semanas. Meses tal vez.

Me concentré de nuevo en el grupo de jubilados que sudaba bajo el intenso sol a pesar de estar en diciembre. Se movían con agilidad al ritmo de la música y por un momento sentí envidia de ellos. No tener que preocuparse por nada, cobrar una pensión a fin de mes y hacer con sus vidas lo que les diera la gana debía de ser algo increíble. Yo ni siquiera sabía si ganaría el suficiente dinero para pasar el año que estaba a punto de comenzar y, por un momento, quise cambiarme por alguno de ellos aunque su salud no fuera del todo perfecta. Por suerte enseguida volví a la realidad y decidí que había llegado el momento de regresar al trabajo. No podía seguir teniendo a Pere pendiente de mis devaneos sentimentales. Bastante paciencia había tenido ya durante aquellos meses al permitirme retrasar tanto mi trabajo. No podía fallarle. Además, si no me concentraba en la escritura, ¿en qué iba a ocupar mis pensamientos si quería mantener la cordura?

Empecé a teclear en mi portátil. En los últimos días escribir era lo único que me hacía sentir cierto apego con la realidad y también se había convertido en la forma de mantener mis pensamientos a raya. Tenía por delante casi tres semanas de

fiestas en familia. Me había propuesto seriamente mantener mi mente centrada en la escritura y en disfrutar de mi gente a la que veía tan poco a lo largo del año. En esto estaba pensando cuando el móvil empezó a sonar. Lo cogí enseguida.

—¿Cómo te va por Beni York?

—Muy bien. Aquí rodeada de cuatro mil años de historia —le respondí a Montse.

—¿Tienes unas hermosas vistas de carnes colgando y besos furtivos entre ancianos bajo la luz del sol?

—No exactamente. En este momento la visión es muchísimo más erótica. Estoy rodeada de cuerpos sudorosos que practican aerobio en la playa.

—¡Marga coño que aún no he desayunado!

Me alivió bastante darme cuenta de que, después del mosquito inicial tanto de Álex como de Montse cuando se enteraron de mi huida de Barcelona en plena noche, las cosas habían vuelto a la normalidad entre nosotras, ya que uno de los temas preferidos de las dos era criticar la ciudad en la que yo había nacido. Desde que nos conocíamos me había esforzado por tratar de convencerlas de que Benidorm no era un lugar tan hortera como hacían ver en determinados programas de televisión. Pero ya se sabe que cuando los tópicos arraigan es bastante complicado terminar con ellos.

—¿Por qué no recuperas el sentido común y te coges el primer vuelo de vuelta a Barcelona? Se está organizando una buena fiesta para Nochevieja. Eso seguro que te espabila y te aclara la mente.

—Estoy bien aquí —me limité a responder.

—¿Seguro? Sabes que puedes venir a casa y quedarte todo el tiempo que quieras.

—Aún tengo piso en Barcelona, pero gracias de todos modos.

—Marga lo decía para que no te pasaras los días ahuyentando moscones mientras estabas aquí.

Enseguida pensé en Andrés y en Óscar. Seguían llamándome cada día. Me dejaban mensajes en el buzón de voz que yo no escuchaba. Incluso estaban empezando a colapsar mi WhatsApp pero, aun así, no quería hablar con ninguno de los

dos. Estaba dolida y enfadada. Cada vez que trataba de abordar lo que había sucedido con ellos sufría de ansiedad y náuseas.

—¿Aún os siguen agobiando? —dije cerrando los ojos como si de aquella manera me asegurara la respuesta que yo deseaba oír.

—¡Son un coñazo! No me saco a Andrés de encima ni queriendo y Álex no para de recibir llamadas de Óscar a las que, raro en ella, no está respondiendo.

—Lo siento. Lo último que quería es que esto os acabara afectando a vosotras que no tenéis nada que ver con lo que ha pasado.

—¿Y qué esperabas? Después de tu estampida, lo raro sería que no lo hicieran. ¿O es que pensabas que saliendo de Barcelona desaparecerían tus problemas?

—No. Tal vez confiaba en que ambos serían un poco más adultos.

—Marga son tíos. Por lo general no suelen escuchar mucho cuando no se salen con la suya o cuando su polla guarda un excelente recuerdo de nosotras.

—¡Montse!

—¿Acaso miento?

—No lo sé pero tampoco necesito que seas tan explícita.

—Las cosas hay que llamarlas por su nombre, nena. Mira cómo te va por hacerlo a medias.

Estuve a punto de protestar y de mandar a Montse a paseo. Me molestaba el tono que estaba empleando precisamente ella que usaba a los hombres como si fueran tampones, aunque sabía que en el fondo tenía razón. Las idas y venidas con Óscar y Andrés durante el verano habían llevado las cosas al límite. Tanto que ahora estaba a quinientos kilómetros de Barcelona tratando de no soltar las riendas de una vida que no estaba dispuesta a que nadie, excepto yo, dirigiera. Había aprendido mucho de la experiencia. Mi autoestima había salido muy reforzada con todo aquello pero entonces, ¿por qué sentía aquella ansiedad cada vez que recordaba alguno de los momentos que había compartido con los dos?

—Marga no he llamado para joderte las vacaciones o lo que sea que estés haciendo en Benidorm. —Oír la voz de Montse me devolvió a la realidad—. Sólo quiero que disfrutes del éxito que está teniendo tu primera novela y que decidas de una vez

hacia dónde quieres que vaya tu vida. En definitiva, lo único que deseo es que seas feliz.

—Lo sé... —Los ojos empezaron a escocerme. Me estaba poniendo sentimental.

—¿Qué planes hay para fin de año? —Montse era muy hábil a la hora de cambiar de tema de conversación y lo agradecí.

—Ni idea, aunque seguramente cenaré en casa de mi hermana con toda la familia y después supongo que jugaremos un rato al bingo o a las cartas.

—¡Apasionante!

Pude oír cómo se reía al otro lado del teléfono y aquello me hizo sonreír también.

—¿Luego iréis a bailar con algún vejstorio para hacer así la buena obra del Año Nuevo?

—No sé cómo tengo que deciros que aquí hay vida más allá de los jubilados.

—Sí claro. Por eso cada vez que tu pueblo sale en la tele la imagen que vemos es más parecida a la senda de los elefantes que a un festival en Ibiza.

—Yo salía mucho de fiesta cuando vivía aquí. Te aseguro que hay gente joven.

—Lo que tú digas...

Sabía que no la iba a hacer cambiar de opinión así que decidí averiguar qué planes tenía para las próximas semanas. De este modo fue como me enteré de que había pensado pasar la Navidad con Rubén y aquello despertó la cotilla que hay en mi interior.

—¿En serio se lo vas a presentar a tus padres? ¿Vas a llevar por fin a tu novio a casa? ¿Lo sabe Álex?

—Primero... No es mi novio. Segundo no es nada oficial, sólo una comida en casa de mis padres y tercero, Álex no tiene que darme el beneplácito de nada.

Recordé la última conversación que las dos habíamos mantenido sobre Rubén y el modo en el que Montse se había dado cuenta de que estaba enamorada. ¡Qué cabezota podía llegar a ser esta mujer cuando se lo proponía!

—¿Vas a llevar a un chico a cenar a casa de tus padres por Navidad? ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo así?

—Sólo se oía silencio al otro lado del teléfono, así que aproveché la ocasión—. Exacto. ¡Nunca! ¿Qué crees que van a pensar tus padres? Sencillo... ¡Qué su niña se les casa! —Sabía que aquello iba a sacarle los colores un poco y no pensaba dejar escapar la ocasión.

—¡Madre mía! ¿En qué siglo vives? ¿Crees que llevar un tío a casa me obliga a casarme con él?

—Por supuesto que no. Pero me juego lo que quieras a que tus padres sí que van a pensarlo.

—En mi casa no son tan carcas.

—Claro... Ya me contarás todos los detalles.

—¡Ni lo sueñes!

—¿Por qué?

—Aún estoy esperando que me des los tuyos con Óscar.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al escuchar aquel nombre. A continuación el cerebro empezó a bombardearme con un montón de imágenes de él y yo juntos haciendo el amor en la playa, practicando sexo salvaje en la encimera de la cocina de mi apartamento y llenándonos el uno del otro en lo alto del Tibidabo.

—¿Sigues ahí?

—Sí... —Apenas podía articular palabra. Era como si el recuerdo de Óscar me vaciara los pulmones por completo y me impidiera respirar.

—Marga lo siento. A veces soy un poco bruta. ¿Estás bien?

—Sí —volví a repetir tratando de creer mis propias palabras—, es sólo que... —no pude continuar. Volvían a escocerme los ojos. Miré el bolso que estaba sobre mis rodillas y lo abrí casi con desesperación mientras buscaba el tabaco. Necesitaba un cigarrillo.

—Joder no he debido decir nada. Me sabe fatal. Lo último que quiero es que estés mal.

—Tranquila. Tengo que aprender a olvidarlo todo.

El silencio se hizo entre las dos y, aunque no era incómodo, tampoco me venía demasiado bien empezar a pensar. Me había ido de Barcelona dispuesta a empezar una nueva vida alejada de relaciones tóxicas. Así se lo había contado a mis mejores amigas en cuanto llegué a Benidorm y me serené un poco. Ellas

me habían dado el visto bueno y todo su apoyo. Debía mantenerme firme y centrarme en la parte de mi vida que marchaba viento en popa.

—¿Qué sabes de Álex?

—Que está muy bien a pesar de los pedazo de cuernos que lleva.

—No seas burra. Seguro que debe de estar pasándolo fatal.

—Si te digo la verdad no lo sé. Las dos últimas veces que hemos salido la he visto más guapa que nunca. Además dice que no quiere saber nada más de *marketing*, ni de ejecutivos, ni de reuniones por un largo tiempo.

—¡Pero si Álex adora lo que hace!

—Pues la infidelidad le ha debido hacer cambiar de opinión. Me da la sensación de que va a dejar su trabajo si es que no lo ha hecho ya.

—Creía que eso lo había dicho en un ataque de rabia cuando se enteró de lo de Sergio. Pero nunca pensé que fuera en serio, la verdad.

—¡Uy! Tú no has visto lo cambiada que está. ¿Por qué no coges un avión, vienes a pasar la Nochevieja con nosotras y nos ponemos al día? Te echamos de menos —dijo Montse con una sensibilidad que me sorprendió.

—No puedo irme ahora. Acabo de llegar. Además, en este momento, no creo que Barcelona sea el lugar más indicado para mí.

—Una lástima porque la última noche del año sin ti y tus gilipolleces no va a ser lo mismo.

—Muchas gracias, ¿eh? —A pesar de lo bruta que podía llegar a ser aquella mujer, también sabía cómo llegarte al corazón—. Yo también te quiero.

—Oye cuídate mucho y llama siempre que lo necesites, ¿vale?

—¡Claro! Dale un beso enorme a Álex y otro a Rubén.

—Lo haré. Y tú haz el favor de vacunarte o algo, no sea que con tanta juventud a tu alrededor te pongas enferma.

Al oír aquello se me escapó una carcajada que provocó que un grupo de chicos que estaban en la mesa de al lado se giraran y me miraran de arriba abajo. Yo me cubrí los ojos con las

gafas de sol, les dediqué una de mis mejores sonrisas y apuré la cerveza que tenía sobre la mesa. Miré en dirección a la playa y me sorprendí al no encontrar a mis jubilados favoritos. Entonces mis ojos se posaron sobre el azul del mar... Mi mar. Aquel que me había visto crecer, enamorarme y soñar con un futuro apasionante. De repente me sentí muy nostálgica y caí en la tentación de pensar qué hubiera sido de mi vida si me hubiera quedado en mi pueblo.

Después de dar un paseo y comprobar que la ciudad había cambiado bastante en los últimos tiempos llegué a casa dispuesta a disfrutar de uno de los exquisitos arroces de mi madre y de una buena sobremesa a base de dulces caseros. Nada más entrar en la cocina me recibió con el hacha de guerra en lo más alto.

—¿Cuándo pensabas decirme que Andrés y tú ya no estáis juntos?

—¿Cómo? —Las manos me empezaron a temblar y se me aflojó el cuerpo hasta tal punto que me tuve que sentar.

—Lo que has oído.

—¿Cómo lo has sabido? —dije en un intento inútil de ganar tiempo.

—Por ti no, desde luego.

Por increíble que pudiera parecer, en todo el tiempo que llevaba en Benidorm no había encontrado ni el momento ni el valor para contarle a mi madre todo lo que había pasado con Andrés. Pensé, erróneamente, desde luego, que si lo omitía el problema desaparecería. Además, mi madre parecía haberse conformado con las evasivas que yo le había dado durante todo aquel tiempo. Pero, al parecer, tenía que empezar a dar explicaciones. Aun así, traté de ganar un poco de tiempo.

—¿Quién te lo ha dicho? —dije con la vista clavada en el suelo y sintiendo cómo la angustia viajaba desde la boca de mi estómago hasta la garganta.

—Acabo de hablar con Andrés. Me ha llamado para felicitarme las fiestas. Le he preguntado cuándo pensaba venir a pasar la Navidad a casa como cada año y me ha respondido que has roto con él.

—¿Cómo? —Empecé a notar cómo la sangre me hervía. Estaba rabiosa porque él me hubiese descubierto ante mi madre y dejé salir toda mi rabia.

—Haz el favor de no utilizar ese vocabulario en esta casa y responde a la pregunta. ¿Qué está pasando, Marga?

En un primer momento traté de inventarme algún tipo de excusa que pudiera satisfacer su necesidad de saber pero, al fin y al cabo, aquello sólo sería poner un parche más a todo y ocultar una verdad que después de varios meses, ya era más que obvia. Así es que respiré hondo y puse a mi madre al día sobre todo lo que había sucedido con Andrés. Por supuesto omití a Óscar del relato. No necesitaba tener que aguantar encima un sermón moral de mi madre.

—¿Es definitivo? —dijo cuanto terminé de contárselo todo—. ¿Pensáis solucionarlo?

Mi progenitora tan práctica como de costumbre aunque, gracias a su forma de preguntármelo, la respuesta fue automática y de lo más sincera.

—Lo nuestro ya no tiene arreglo. Han pasado muchas cosas y demasiado tiempo.

—¿Estás segura?

—Sí.

Mi madre se dio la vuelta y centró toda su atención en la comida que estaba preparando, dejándome así sumida en una mezcla de sorpresa y alivio. Llevaba meses enteros debatiéndome sobre qué hacer con respecto a Andrés y acababa de pronunciar en voz alta la solución definitiva. Tenía la sensación de haberme quitado diez kilos de encima y, al mismo tiempo, estaba muy enfadada con él. En realidad era indignación lo que sentía. Nuestra última bronca había sido fuerte pero también había servido para poner las cosas en su sitio. Ahora acababa de ver con toda claridad que, a pesar del esfuerzo que habíamos realizado durante el pasado, todo había sido en vano.

No estaba enamorada de Andrés. Y no es que me hubiera dado cuenta de ello por lo que había sentido junto a Óscar, sino porque era consciente de que jamás podría perdonar una infidelidad. Tal vez con el tiempo llegaría a olvidarla pero la herida siempre estaría allí. Tenía toda una vida por delante.

¿De verdad quería atarme a una relación que llevaba un lastre como aquel? ¿Deseaba un proyecto de vida con un hombre en el que jamás volvería a confiar por mucho que lo intentara? Tal vez él se hubiera dado cuenta de su error al marcharse con otra. A lo mejor yo era la mujer de su vida y jamás volvería a mirar a ninguna. Pero yo siempre tendría presente que una vez había traicionado mi confianza y que jamás podría olvidarlo.

Así que salí de la cocina, entré en mi dormitorio, cerré la puerta y marqué el número de teléfono de Andrés. Ni siquiera me molesté en escuchar alguno de los mensajes que me había dejado en el buzón de voz. Tenía las cosas muy claras ya.

—Ha estado genial lo que has hecho con mi madre. Muchas gracias.

—Ella me ha preguntado. Sólo me he limitado a decirle la verdad.

—¡Cómo puedes tener tanta cara! Lo único que has hecho ha sido echar mierda el primero para que yo ahora sólo tenga la opción de defenderme de tu versión absolutamente subjetiva y manipulada.

—¿Acaso fui yo el que dejó Barcelona de la noche a la mañana? ¿El que se ha pasado meses obviando mensajes y llamadas de teléfono? Tampoco. Así que asume tu comportamiento.

—Eres un capullo. —Estaba tan indignada que las únicas palabras que me venían a la mente en aquel momento eran insultos. Sabía que si los utilizaba deslegitimaría la conversación y mi única intención era terminar con todo aquello lo antes posible—. Y un embustero.

—Eso viniendo de ti es casi como un halago.

—Mira Andrés no he llamado para discutir contigo. Sólo quiero decirte que me dejes en paz. Lo nuestro ya no tiene arreglo. Debí de haberme dado cuenta de esto hace mucho pero ha sido ahora. Así es que se acabó.

—Vamos, que has estado jugando conmigo todo este tiempo, ¿no?

—Yo no he jugado a absolutamente nada. Pensé que teníamos una oportunidad, que tal vez fuera capaz de perdonar lo que me habías hecho y que pudiéramos salvar nuestra relación

de algún modo. Pero me he dado cuenta de que esto no es posible.

—¿Por qué?

—Para empezar porque ya no soy la misma mujer a la que dejaste tirada en casa hace un año. He cambiado. Mis objetivos en la vida son otros. Y, para continuar, porque dudo mucho que algún día pueda llegar a olvidar la vez que te marchaste con otra sin ni siquiera darme la explicación que creo que me merecía después de haber compartido siete años contigo.

—¿Y por qué me da que hay otro hombre detrás de esta historia?

—Porque todo ladrón piensa que los demás son de su condición —dije sin poder evitar que la rabia hablara por mí.

—¡Qué bien! Ahora echamos manos del refranero.

—Sí porque como tenga que coger la realidad para rebatir lo que acabas de decir vas a salir bastante mal parado —dije un poco más relajada—. Mira, creo que lo mejor que podemos hacer es dejar las cosas como están. Sigue adelante con tu vida que yo ya llevo meses intentando arreglar la mía.

—No vas a poder seguir sin mí durante mucho más tiempo. No sabes estar sola y sé que tu orgullo es lo único que te impide volver a mi lado. No puedes vivir sin mí. —En aquel momento pude notar el veneno saliendo de su boca. Cómo era posible que hubiera estado tan ciega todo aquel tiempo y que incluso me hubiera llegado a plantear darle una segunda oportunidad.

—Andrés lo nuestro no va a ninguna parte. Tú lo sabes. Yo lo sé. Seamos adultos y acabemos con esto.

—¿Tú me hablas de madurez? ¿Una mujer a la que ya apenas conozco? ¿Tú que te comportas más como una veinteañera que como alguien dispuesta a sentar la cabeza teniendo un trabajo estable y una relación seria?

—¡Basta! —La rabia empezaba a dominarme—. Fuiste tú el que se largó con otra, quien decidió terminar con lo nuestro de la noche a la mañana. ¿Y sabes qué? Me he cansado de escucharte, de justificarte y de pensar que mi vida no valdría nada si tú dejaras de formar parte de ella. Pero estaba equivocada. No necesito a un hombre para que mi existencia sea mejor porque eso sólo depende de mí. Es absurdo que persiga

a mi media naranja porque yo ya estoy completa y no voy a malgastar los mejores años de mi vida al lado de alguien de quien ya no estoy enamorada.

—¿Sabes? Tú no tienes la última palabra en esto. Siempre has estado loca por mí y eso no es distinto ahora. Recuerdo a la perfección tu cara mientras compartíamos cama. ¡Nuestra cama! Así que no digas más gilipolleces porque esto no ha terminado en absoluto.

Mientras le escuchaba decir todo aquello vi con una claridad inesperada los últimos años de mi vida. Recordé cómo me mataba por satisfacer las necesidades de los demás antes que las mías. Me di cuenta de la forma en la que anteponeía el plan de vida que él había trazado pero que en ningún momento se había molestado en consultarme. No me vino a la mente un recuerdo agradable ni tuve la sensación de haber formado parte de algo importante. Así que respiré hondo y agarré el móvil con fuerza.

—Es mi vida. ¡Por supuesto que tengo la última palabra y es adiós!

No le di oportunidad a decir nada más porque colgué y lancé el teléfono contra la cama. Estaba furiosa pero, en el fondo, sabía que había hecho lo correcto. Ahora sí. Andrés ya era historia.

2



Marga había desaparecido de mi vida de la noche a la mañana y yo me estaba volviendo loco. No contestaba a los mensajes y tampoco devolvía mis llamadas. No sabía qué pensar. Tenía la sensación de que la situación entre nosotros se me había escapado de las manos. ¿Cómo habíamos pasado de conocernos una noche de verano a perdernos de aquel modo? ¿Qué había sucedido durante las semanas que ya consideraba como las más intensas de toda mi vida?

Me dejé caer sobre la cama y observé la ciudad todavía en calma. No podía cerrar los ojos porque, en cuanto lo hacía, ella lo llenaba todo. Yo que siempre había sido un hombre poco dado a recordar los detalles de las relaciones que había mantenido con las mujeres, estaba casi irreconocible. En cuanto me descuidaba, Marga se apoderaba de mi mente una y otra vez. Ahora, mientras trataba de concentrarme en otra cosa, era incapaz de pensar en algo que no fuera ella.

Los recuerdos se empeñaron en llevarme a la primera vez que la vi. Fue en la fiesta que organizaron Álex y Sergio en casa. No me apetecía nada salir aquella noche porque estaba abrumado por el trabajo. Sin embargo, como soy incapaz de anular una cita cuando ya he confirmado que pienso asistir, me subí al coche y conduje hasta la maravillosa casa de mi compañera de trabajo en una de las zonas más exclusivas de

Barcelona. Siempre me había preguntado cómo la gente se moría por alcanzar ese sueño. Tal vez porque yo me había criado en un lugar como aquel, hacía todo lo posible para huir de casas del estilo por muy hermosas que fueran. Sin duda alguna prefería mi piso en la ciudad y el estilo de vida que me había impuesto desde el día en el que decidí que había llegado el momento de vivir por mi cuenta.

No me sorprendió descubrir que todo era perfecto en la fiesta que Álex había organizado. Si por algo se la valoraba dentro de la multinacional en la que ambos trabajábamos, era por estar pendiente hasta del último detalle en cada una de las presentaciones de producto que realizaba e, incluso, en los eventos que tenía que coordinar desde el departamento que dirigía. En cualquier caso, aunque tenía las expectativas muy elevadas con respecto a aquella fiesta, todo lo que vi en cuanto pisé el jardín de casa de Álex me sorprendió gratamente. Había conseguido superarse una vez más. A pesar de que no solíamos tener un trato muy directo en el trabajo, Álex era una de las pocas mujeres de la empresa con las que me había llevado bien desde el principio. Soy un hombre que valora de forma muy positiva la buena educación, los modales y el saber estar. Ella era todo aquello e incluso más. Además, y por si no bastara, había que añadirle que, pese a su enorme belleza, era una de las pocas mujeres por las que no me sentía atraído sexualmente, algo que sin duda alguna contribuía bastante a la hora de poder mantener aquella relación tan cordial con ella e incluso de amistad.

Cuando empecé a trabajar mi padre me dio un único consejo que podría resumirse en: «Donde tengas la olla, no metas...». Durante casi una década había sido absolutamente fiel a aquella máxima familiar y eso que, en algunas ocasiones, había sido realmente difícil resistirme tanto a la inteligencia como al atractivo de todas las mujeres que pasaban por el despacho año tras año. Por eso me alegraba tanto el hecho de haber sido capaz de trabar un vínculo bastante estrecho con Álex a lo largo de los años. Me gustaba mucho hablar con ella en las ocasiones en las que coincidíamos, que solían ser actos internos de la empresa o alguna reunión casual. Y todavía

estaba más contento por haber tenido el privilegio de estar invitado a una fiesta que, aunque no me apetecía en absoluto, podía intuir que era bastante importante para ella dado el gran número de personas que había allí.

Al llegar me encontré con algunos compañeros de trabajo a los que saludé educadamente. Sin duda aquello me iba a facilitar poder salir en cuanto me fuera posible. Sería cordial y amable con todos. Socializaría con quien me fuera posible y en un par de horas podría estar de regreso a casa sin haber quedado mal con Álex y Sergio. Sin embargo, no estaba preparado para lo que vendría a continuación. Las vi en cuanto entraron en la fiesta. Cómo no fijarse en aquellas dos mujeres. En especial en la morena de cuerpo espectacular y que destilaba sexo con cada movimiento que realizaba. Segura de sí misma, sabedora del poder que ejercía sobre todo el género masculino que se encontraba allí y mirándonos a todos como un felino escogiendo a su próxima presa. Pero, en cuanto mis ojos se percataron de la mujer castaña que la acompañaba ya no pude apartar los ojos de ella en toda la noche.

No tenía una belleza tan espectacular como la otra pero hubo algo en su forma de caminar y en el modo en el que contemplaba todo a su alrededor que enseguida despertó mi interés. Había una mezcla de timidez y seguridad por los que enseguida me sentí atraído. Después de observarla con detenimiento durante un rato, llegué a la conclusión de que era una de esas mujeres a las que todavía les espera lo mejor de la vida para poder mostrar así todo su potencial. Estaba completamente convencido de que, en unos pocos años, aquella mujer a la que me acababan de presentar tendría una belleza deslumbrante tanto por dentro como por fuera.

Tengo que reconocer que cuando comencé a hablar con ella no pensaba en ir más allá. Estaba viviendo un momento personal bastante complicado y, por lo que dejaba entrever su lenguaje corporal, ella tampoco es que estuviera precisamente en su mejor época. Sin embargo, a medida que íbamos conversando, Marga logró despertar en mí algo que hacía bastante tiempo que no sentía: interés. Una sensación más allá de lo puramente sexual. Por supuesto, me apetecía muchísimo

acostarme con ella. No podía dejar de pensar en ello pero, al mismo tiempo, había algo en su forma de hablar, e incluso de moverse, que logró despertar en mí muchísima ternura.

Al final de la noche lo que me pudo fue la atracción física y terminamos en mi casa echando uno de los polvos más memorables de mi vida. No era la primera vez que me iba a la cama con una desconocida, desde luego, pero nunca antes había conectado tanto con una persona como con Marga y no me refiero exclusivamente al sexo. Aquella mujer tenía un no sé qué que la hacía especial ante mis ojos. Tengo que admitir que sentí fascinación por ella desde el principio. Si Eva no hubiera estado en mi vida en aquel momento, las cosas entre Marga y yo serían tan distintas ahora. Me había equivocado desde el principio pero eso lo sabía ahora que la situación me daba a entender que lo había perdido todo.

Desde que me convertí en una persona adulta siempre he procurado ser fiel a mis sentimientos, emociones y a lo que el cerebro me dicta sobre lo que debo hacer. Eva y yo llevábamos muchos años siendo pareja. Al principio todo fue perfecto entre los dos. A ojos de los demás estábamos hechos el uno para el otro e incluso nosotros mismos creíamos en aquello a pies juntillas. El paso del tiempo, haber madurado en direcciones opuestas y tener unas expectativas de vida muy diferentes nos habían llevado a distanciarnos hasta el punto de haber convertido nuestra relación en una simple amistad. Cuando yo ya había decidido poner punto y final a algo que estaba convencido que no me llevaba a ninguna parte, la tragedia había caído sobre Eva y entendí que mi sitio estaba a su lado.

Cuando conocí a Marga aquella decisión se convirtió en una trampa. A medida que pasaba tiempo con ella sólo pensaba en volver a verla, en estar a su lado disfrutando de la vida como lo hacen las personas adultas. También tenía la necesidad de sincerarme con aquella mujer, de poder explicarle la etapa por la que estaba atravesando en mi vida. Sin embargo opté por el silencio pensando que, tal vez, las cosas se solucionarían solas o que, quizá, Eva mejorara antes de que Marga y yo convirtiéramos nuestra relación en algo que pudiera tener un poco de futuro. Pero no fue así. Callé desde el

principio y, cuando tuve que hablar, ya era demasiado tarde. Ella ya no quería escucharme aunque aquello no era lo peor. Lo que más me dolía era que hubiera huido. Podía recurrir a sus mejores amigas para tratar de averiguar dónde estaba, para poder tener al menos una conversación cara a cara. Pero conocía demasiado bien a las mujeres como para saber que cuando toman una decisión de este tipo sus amigas se quedan mudas y son incapaces de facilitar algún tipo de información que sea válido.

Me estaba agobiando mucho en casa así que metí algo de ropa en una bolsa. Me apetecía una mierda ir a ver a mis padres pero, ¿cómo se suponía que me iba a pasar la Navidad si no? Cuando subí al coche lo único que sentí fueron ganas de acelerar, de pisar el acelerador y salir de Barcelona. Quise huir tan lejos como la carretera me lo permitiera. Había tanta rabia en mi interior y necesitaba tantas respuestas... No tenía ni la más mínima idea de cómo podía gestionar todo aquello y, por el silencio de Marga, ella no me iba a mostrar el camino.

Respiré hondo un par de veces antes de arrancar el coche y pensé que, aunque el camino fuera más largo, me sentaría bien ir dando un paseo por la ruta de la costa en dirección a la casa que mis padres tenían cerca de la playa. Sólo cuando dejé atrás la ciudad empecé a relajarme. Frank Sinatra cantaba *My way* y sonreí al pensar en lo complicado que puede llegar a ser vivir a la manera de cada uno. Pero allí estaba él con aquella voz perfecta suya diciendo que lo había logrado. Cada vez que desviaba un poco la vista hacia el asiento del conductor veía a Marga. Podía incluso sentir su presencia allí, el perfume que utilizaba, cómo sonreía o simplemente el modo en el que me cogía de la mano mientras la llevaba a algún destino que ella ignoraba.

No solía hacer este tipo de cosas con nadie. Siempre me habían parecido un poco moñas cuando las oía explicadas por amigos o compañeros de trabajo pero, con ella, todo era diferente. Los gestos me salían casi automáticos lo mismo que las ganas de compartir hasta las cosas más insignificantes. «¡Ay Marga! Cómo hemos llegado a esto», dije en voz alta como si esperara que ella me diera la respuesta. Sin embargo sólo

recibí silencio. El resto del viaje lo pasé concentrado en la carretera tratando de evitar cualquier distracción que me llevara de nuevo a ella pero fue imposible. Cada paisaje que encontraba, cada masía que veía desde la carretera me parecían un tema de conversación apasionante que me hubiera encantado compartir con ella.

Cuando llegué a casa mis padres estaban cómodamente sentados leyendo en el salón. Ninguno de los dos hizo comentario alguno sobre mi aspecto aunque yo ya sabía que tenía pinta de haber pasado muchas noches en vela. Fui directo a mi habitación con la excusa de darme una ducha antes de cenar. Deshice la bolsa y coloqué las cuatro prendas que había traído en el armario. Estuve a punto de dejarme caer sobre la cama pero sabía que si me acostaba luego sería muy complicado volver a levantarme. Llegué a la ducha arrastrando los pies como si llevara sobre mis hombros todo el peso del universo pero enseguida el agua tibia me espabiló.

Estaba terminándome de vestir cuando alguien golpeó con los nudillos la puerta de mi habitación.

—Pasa —dije, pensando que sería mi padre para contarme los planes navideños familiares.

—¿Cómo va todo? —Mi madre entró en la habitación y se sentó en el sillón de lectura junto a la ventana.

—Bien... —No soné en absoluto convincente pero es que estaba bastante sorprendido con su presencia en mi dormitorio.

—Hijo no voy a psicoanalizarte ni nada por el estilo pero creo que deberías de empezar a pensar seriamente en lo que estás haciendo con tu vida.

—Mamá...

—Tranquilo. No he venido a sermonearte. Sólo a decirte que tal vez deberías de replantearte algunas de las decisiones que has tomado.

Mi madre me miró a los ojos de aquel modo tan suyo en el que me hacía sentir que lo sabía todo y que además era absurdo que tratara de ocultarle lo que me sucedía.

—No es tan sencillo —dije después de varios minutos en silencio.

—Yo creo que sí. Sabes qué estás haciendo mal y dónde te estás equivocando. De ti depende solucionarlo.

—Ya...

—Esa no es la actitud —dijo sin apartar la vista de mis ojos—. No puedes seguir adelante si hay algo que te te está frenando. Sabes perfectamente a lo que me refiero y no tiene nada que ver el hecho de que hayas conocido a otra chica que, todo sea dicho de paso, me gustó bastante.

—Pero Eva y yo...

—Vosotros, ¿qué? Eso es lo que me gustaría saber. En realidad esa es la pregunta para la que toda la familia está esperando una respuesta desde hace tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Mira, a estas alturas de tu vida no te voy a decir cómo tienes que gestionar tus emociones pero creo que ha llegado el momento de que seas práctico.

—Mamá no se trata de amputar una pierna o sacar una muela. Estamos hablando de una decisión que afecta a la vida de otra persona —dije sintiéndome un poco molesto por la forma en la que estaba enfocando el tema.

—No te olvides de que esa misma decisión también está teniendo repercusiones sobre tu propia vida. ¿Cuánto hace que no sales por ahí simplemente a divertirte sin tener que pensar a quién tendrás que darle cuentas por tu comportamiento?

—Mucho —logré decir después de meditarlo un tiempo.

—Pues a eso me refiero, Oscar. La vida es demasiado corta para desperdiciarla creándote problemas. Estos ya vendrán por su propio pie.

—¿Y qué hago? Porque tú parece tener todas las respuestas.

—En absoluto. La solución para esto que estás viviendo debes buscarla tú porque eres el único que sabe cómo piensas, cómo sientes en realidad y qué es lo que quieres en tu vida. Yo sólo te puedo dar mi punto de vista, poco más.

—¿Y cuál es?

—Creo que te estás equivocando aferrándote a ese sentido del deber que te has impuesto con Eva. No te negaré que es muy duro lo que ha tenido que vivir últimamente pero, en mi opinión, tú ya has hecho todo lo que podías por ella.

Has estado a su lado, le has ofrecido tu apoyo y le has dado todo el cariño del que has sido capaz. Ahora creo que ha llegado el momento de que la dejes marchar.

—¿Cómo puedes hablar así? —Me dolía bastante lo que mi madre acababa de decir—. Es cierto que en los últimos tiempos ha cambiado bastante e incluso en algunas ocasiones apenas llego a reconocer a la mujer que fue, pero tampoco es necesario ser tan duro con ella.

—Lo siento porque no es mi intención hacerte daño. Lo único que te estoy diciendo es que me parecería poco inteligente por tu parte que siguieras aferrándote a un sentimiento, a una relación, que tanto tú como yo sabemos que hace tiempo que no va a ninguna parte.

Escuchar aquellas palabras de la boca de mi propia madre me causó el mismo efecto que si alguien me hubiera cogido por los hombros y se hubiera dedicado a sacudir cada parte de mi cuerpo. Por supuesto sus palabras me hicieron daño porque suponían tomar una decisión que yo llevaba mucho tiempo retrasando. Incluso había existido un momento no muy lejano en el tiempo en el que se me había pasado por la cabeza la idea de que Eva y yo pudiéramos volver a intentarlo. Pero aquello fue mucho antes de descubrir que Marga se había ganado más que un rincón en mi interior. Ella lo ocupaba todo.

No pudimos seguir hablando porque escuchamos voces en el piso de abajo. Eva había llegado y a mí me tocaba armarme de valor para decirle todo lo que estaba pasando por mi mente en aquel momento. Respiré hondo y miré a mi madre que ya se había levantado del sillón dispuesta a dejarme solo con mis pensamientos el máximo tiempo posible. Al pasar por mi lado me dio un beso en la mejilla como cuando era niño y estaba asustado ante una decisión. Luego salió del dormitorio cerrando la puerta tras de sí y volví a pensar en todo lo que debía hacer a partir de aquel momento.